

Ruinas en *Tess of the D'Urbervilles* de Thomas Hardy

Graciela Mayet¹

Universidad Nacional del Comahue

graciela.mayet@yahoo.com.ar

Resumen

El descubrimiento de ruinas, principalmente en Pompeya, durante el siglo XVIII, incentivó el interés e importancia artística de los restos del pasado. Las ruinas son ambivalentes; por un lado, son víctimas del tiempo destructor pero también se alzan como resistencia al mismo, desafiando la aniquilación total.

Los poetas y escritores románticos hicieron un culto de las ruinas y de los sonidos y extraños acontecimientos a los que, muchas veces, están asociadas, tal como queremos mostrar en esta obra.

En ella, Thomas Hardy presenta un paisaje rural con ruinas correspondientes a la antigua familia D'Urberville y cuya protagonista es una joven pobre, legítima heredera de un apellido usurpado por un nuevo rico llegado desde el norte de Inglaterra. Esos restos de mansiones y viejos cementerios donde yacen los esqueletos de los antepasados de Tess, diseminados en el sur de Inglaterra, constituyen una ironía del destino ante la pobreza de la joven y de su familia, que han sido despojados de sus antiguos bienes por una nueva clase social surgida del capitalismo.

No obstante, no es solo dicha ironía lo que las ruinas significan para la pobre familia de Tess. También los restos de las viejas propiedades, a lo largo del relato, señalan el sino trágico de la existencia de la heroína, condenada por una sociedad de criterios victorianos y convenciones que Hardy señala como caducos y carentes de auténticos valores humanos.

Palabras clave: ruinas, romanticismo, pobreza, capitalismo, sino trágico

* * *

En el siglo XVIII, las ruinas fueron redescubiertas y reinterpretadas estéticamente en Europa, de modo que aumentó su importancia artística y su popularidad. Sin duda, influyeron en esto las excavaciones en Pompeya que enfocaron la atención de los lectores románticos. Las ruinas produjeron, entonces, la reflexión sobre el tiempo y la fugacidad de la vida.

Grandeza y decadencia del orgullo humano, las ruinas simbolizan la locura y el derrumbe de la ambición. El tema de las ruinas señala la inexorabilidad del tiempo que

¹ Graciela Mayet es Doctora en Letras Universidad Nacional de Córdoba. Es autora de *Intersecciones en la literatura europea* (Córdoba, Alción editora, 2012) y *Aquellos tiempos en París* (Córdoba, Alción, 2018). Ha publicado numerosos artículos y notas sobre temas de su especialización y participado de encuentros académicos nacionales e internacionales.

escapa al poder del hombre y que solo deja vestigios de lo que fue. Es también la metáfora de la degradación de las cosas humanas. Para Monique Ader Delacroix (2006: 125), el tema de las ruinas emerge con fuerza en el siglo XVIII y con una nueva apreciación, al ser consideradas las ruinas por sí mismas, aceptando su realidad de cosa disminuida, mutilada.

Las ruinas son ambivalentes pues, por un lado, constituyen la víctima del tiempo destructor y, por otro, la resistencia al tiempo. Son mediadoras entre la percepción del tiempo y la percepción del espacio.

Un tipo de interpretación de las ruinas hace Maurice Lévy (1981: 141) cuando las llama teleológicas y son las del mundo antes de la caída, de lo cual las montañas son el signo visible, tal como en un pasaje de *Moralists* (1709) Shaftesbury señala respecto de un paisaje alpino:

Here thoughtless Men, seized with the Newness of such objects become thoughtful, and willingly contemplate the incessant changes of their Earth's of past Ages, the fleeting forms of things, and the Decay even of their own Globe...The wasted Mountains shew them the World itself only as a approaching period.

Más tarde, en Inglaterra, la gente pareció menos preocupada por la teología que por la historia y vio el pasado sobreviviendo artísticamente en las ruinas que el ser humano ha dejado, interesándose, principalmente, por los viejos castillos y abadías que hablaban de un tiempo militar y religioso turbulento, ya extinguido. Este cambio de perspectiva en relación con las ruinas manifiesta la viva repulsión experimentada por muchos espíritus respecto de un período considerado como de esclavitud política y religiosa. Lévy concluye: “Chargée d'une histoire à la fois tue et sugérée, porteuse d'implicite et manifestement là, elle devient enfin objet d'art”. (1981: 141)

En la novela *Tess of the D'Urbervilles*, encontramos referencias a las ruinas y objetos del pasado, ligados a los acontecimientos en tanto señalan a los personajes la supervivencia del espíritu antiguo que merodea por los espacios influyendo en el presente de aquellos. Esos restos de un mundo que ya no existe: edificios en ruinas, retratos, antigua leyenda, parecen advertir a Tess que no escapará del trágico sino de la rancia familia D'Urbervilles a la que ella pertenece. En este sentido, Camille Eswein sostiene que la poética de las ruinas, de Diderot a Chateaubriand, pasando por los románticos alemanes e ingleses, no ha cesado, hasta hoy, de arrojar sobre la idea moderna de progreso, el espectro escatológico:

L'appréhension eschatologique des ruines n'est qu' une des nombreuses approches des “restes” susceptibles de faire saisir ce que les ruines représentent pour tout projet imaginaire qui les met en scène, les décrit ou se les approprie. ((2005: 87)

Las ruinas denuncian con su presencia la ausencia de algo que fue y que sobrevive. La contemplación de las mismas en el periodo romántico, como los numerosos cuadros que las representan, responden al sentimiento de la estética de entonces que consiste en despertar emociones en el espectador e inspirarle también el sentimiento de algo que sobrepasa al individuo y que lo reenvía a su destino.

Los románticos fueron quienes inventaron la poesía de las ruinas. Se inscribieron en una moda más antigua todavía, sugerida en el Renacimiento cuando este período descubriera la belleza y la grandeza de las ruinas antiguas. Estos vestigios del pasado nos transportan a la vida cotidiana de quienes allí estuvieron, a momentos en que fueron

testigos de un crimen puesto en evidencia por la irrupción de raros acontecimientos: ruidos, golpes, distintos sonidos que testimonian presencias extrañas. En la novela que nos ocupa, hallamos un ejemplo de esta situación. En efecto, el día de la boda de Tess y Angel Clare se ve empañada por un premonitorio suceso. Al salir del templo donde se había realizado la ceremonia matrimonial, Tess percibió algo extraño en las vibraciones de los sonidos de las campanas de la pequeña iglesia. Clare se dio cuenta de su opresión. Él lo manifestó y ella respondió: “I tremble at many things (...) Among other things I seem to have seen this carriage before (...) It is very odd- I must have seen it in a dream”. (251) Se trata del vehículo que les han cedido para la boda. Clare advirtió que se trataba de la leyenda del coche de D’Urberville que circulaba por el condado. Sin embargo, Tess no la conocía. Todo fue un raro presentimiento, un palpito de que algo extraño y siniestro emergía del pasado relacionado con sus ancestros y que influía en su vida. Angel Clare le cuenta, entonces, el relato de los siglos XVI y XVII. Un D’Urberville había cometido un crimen en el coche de la familia. De ahí en más, cualquier miembro de la misma que cometiera un crimen, escucharía o vería el coche siniestro.

La presencia de las ruinas y su vinculación con el relato, especialmente, con las vicisitudes de la heroína, responden, de alguna manera, a un tema caro al romanticismo: el sino trágico. En este caso, es el de Tess, joven campesina, inocente e ignorante que es enviada por su madre a la residencia de unos parientes lejanos: la familia D’Urberville. A lo largo de la novela, Hardy muestra que la vida de Tess y toda vida humana está dirigida por fuerzas grandes y poderosas que hacen de los seres los juguetes del destino. La cita siguiente, hacia el final del relato, así lo muestra: “Justice was done, and the President of the Immortals, in Aeschylean phrase, had ended his sport with Tess” (463)

Algunos críticos ven en esta novela un *bildungsroman* pues el narrador enfatiza los ritos del paso de la adolescencia de Tess que debe crecer sin guía alguna, hacia la juventud, acosada por quien, años antes, abusara de ella. En efecto, su madre la envía a casa de la familia D’Urberville sin recomendación, consejo alguno o advertencia sobre los peligros del mundo. La única vez que la madre le aconseja algo es cuando Tess le comenta en una carta que quiere confesarle a Angel lo ocurrido con Alec D’Urberville. Joan le insiste en que no diga nada sobre ese hecho.

Inglaterra no vio, al parecer, sus ruinas arquitectónicas sino luego de haber adquirido en Italia la mirada distanciada que permite el paso de los siglos, dice Maurice Lévy (1981: 143) quien sostiene que, durante el siglo XVII, Inglaterra, vivió circunstancias históricas que llevaron al desmantelamiento de los castillos feudales y al abandono de las abadías góticas, resultando estos acontecimientos tan dolorosas y recientes que impedían apreciar las ruinas con mirada estética. En ese siglo, más bien Inglaterra contemplaba lo que Lévy llama ruinas teológicas, mencionadas antes.

En *Tess of the D’Urbervilles*, el relato está entretejido con la presencia constante de las ruinas y los vestigios de cuanto se refiere a la antiquísima familia D’Urberville y este pasado ilustre es el que proyecta un sino desgraciado en la heroína quien, además, debe trabajar duramente para poder vivir. Su padre, John Durbeyfield, es descendiente directo del caballero sir Pagan D’Urberville quien llegara a Inglaterra con Guillermo el Conquistador. Sin embargo, solo tiene como testigos de tan gran prosapia, una cuchara de plata y una antigua moneda grabada, pequeños objetos sobrevivientes de la pasada grandeza: “I’ve got a wold silver spoon and a wold graven seal at home...” (5) Nada más que eso; ninguna mansión, ninguna tierra. Son muchas las ramas de la antigua

familia D'Urberville que en ese momento están diseminadas en la campiña y sobreviven trabajando en las granjas del condado.

Como dijimos, el presente está estrechamente vinculado al pasado a lo largo de la novela. El pueblo de Marlott, descrito en el capítulo II, está enclavado en Val of Blackmoore. Como en toda novela del siglo XIX, el paisaje es observado detalladamente a la distancia hasta focalizarse en el mencionado pueblo. Además, el narrador destaca la importancia histórica del lugar y su esplendoroso pasado. Vale era conocido como “the Forest of White Hart” y ameritaba una leyenda de tiempos del rey Henry III th. La leyenda se refería a la matanza de un ciervo blanco por Thomas de la Lynd, luego que el rey lo hubiera atropellado y evitado matar y que fuera la ocasión de una abultada multa. Por entonces, había allí un tupido bosque cuyos rastros sobrevivían en algunos robles talados. El bosque había muerto, sin embargo, aún se conservaban ciertas antiguas tradiciones. Una de ellas se había metamorfoseado, como el *Day May dance* que sobrevivía transformada en el *Club- walking*. Este consistía en una procesión en que las muchachas caminaban y danzaban, festejo que databa de cientos de años. La distinguida prosapia de Tess no la ayudó en nada, nos aclara el narrador, en las luchas por la vida, ni siquiera en ocasión del festejo de *May- Day*:

Pedigree, ancestral skeletons, monumental record, the D'Urberville lineaments, did not help Tess in her life's battle as yet, event to the extent of attracting to her a dancing- partner over the heads of the commonest peasantry. (15)

La segunda vez que Tess deja su casa, habiéndose alejado para ir a Trantridge la primera vez, cuando se encontrara con Alec D'Urberville, se dirige a Valley of the Great Dairies y antes pasa por los alrededores de Kingsberg donde también había reliquias de sus antepasados: “...in the church of which parish the bones of her ancestors –her usless ancestors- lay entombed”. (122) Así es como presente y pasado están estrechamente conectados en la vida de la protagonista. Las ruinas, los sepulcros centenarios, las leyendas y viejas costumbres permanecen vivas y comparten el presente con los vivos. Los límites temporales parecen disolverse y lo acontecido forma parte de la vida cotidiana. Thomas Hardy no solo hace una crítica a las convenciones sociales que destruyen a los personajes, como ocurre con Angel Clare cuando admite que el respeto por la opinión de los padres y relaciones lo llevó a abandonar a Tess, en la luna de miel, luego que ella le confesara lo ocurrido en Trantridge con Alec D'Urbervilles. La novela es también una puesta al día del tema romántico de las ruinas que aparece, en este caso, jalonando los pasos de la heroína en medio de su marcha de infortunio en infortunio, hasta el dramático final. Lo interesante de este caso es que casi todas las ruinas u objetos del pasado corresponden a los propios ancestros de la protagonista.

Podemos agregar otros ejemplos a los ya consignados. La luna de miel de Tess y Angel Clare es en una residencia de Froom Valley, lugar que perteneciera a un D'Urberville, mansión parcialmente demolida y donde se levantaba una granja. Clare entra allí y da a su esposa esta bienvenida: “...to me of your ancestral mansions”. (255) A Tess le produce una mala impresión el aspecto de la casera y los centenarios retratos de la familia D'Urberville, originarios propietarios del lugar. También a Clare le ocasionan una extraña impresión y halla un raro parecido entre su esposa y las mujeres retratadas. Todo resulta siniestro, premonitorio de futuras desgracias: “Sinister design lurked in the woman's feature, a concentrated purpose of revenge on the other sex –so it seemed to him then”. (275)

Esa antigua mansión devenida en granja es el escenario de la confesión de Tess a Clare sobre la seducción de Alec D'Urberville y que parece tener "strongly –disturbing force" sobre los noveles esposos, especialmente en Angel quien luego de conocer la confidencia de la heroína repetía con tristeza: "dead, dead, dead", por el amor muerto para él, por ser Tess otra diferente a la que él conociera en la lechería de la granja donde ambos trabajaban. No era su esposa la joven intachable tal como él había creído hasta entonces, de acuerdo con los principios propios de su familia puritana y de los convencionalismos a los que se había aferrado siempre y que le impedían comprender que Tess era la víctima de la prepotencia que Alec D'Urberville había ejercido sobre ella. Eme feto, la opresión que ejerce Alec sobre esta joven campesina constituye una violencia en su sexo y en su clase, al modo como los señores feudales hacían uso del aberrante derecho de pernada. Esta ceguera y obstinación en la moral puritana y en los prejuicios han hecho que la mujer siempre fuera quien llevara la peor parte en todas las reprobaciones y condenas.

Así es como los jóvenes pierden la felicidad al precipitar Angel el amor al fracaso. Es el precio que Tess paga por su honestidad y sinceridad y por la intransigente actitud de Angel. En este paso de la felicidad a la desgracia, las sombras del pasado parecen marcar los precipitados pasos hacia la separación de los enamorados. Las ruinas de la abadía son testigos de esto y la tumba del abad parece medir el drama íntimo en toda su magnitud, simbolizando el abandono que sufre Tess:

Here they were within a plantation which formed the Abbey grounds, and taking a new hold of her he went award a few steps till they reached the ruined choir of the Abbey church. Against the north wall was the empty stone coffin of an abbot (...). In this Clare carefully laid Tess. (292)

Asimismo, la pérdida de la estima de Angel, está atada a todo lo que se relaciona con Tess como el rancio abolengo del que Clare pierde el aprecio también como puede verse en la siguiente cita: ... "that bit of ditinction in poor Tess's blood and name, and oblivion would fall upon her hereditary link with the marble monuments and leaded skeletons at Kingsbere." (400)

Esta insistencia del narrador en señalar y acentuar cómo el tiempo se encarga de cambiar las cosas y los seres está inmediatamente indicada a continuación de la cita anterior con estas palabras: "So does Time ruthlessly destroy his own romances". (400)

La ruina económica de la familia de Tess, que se produce a la muerte del padre y que implica el desalojo de la casa por un granjero próspero, ocurre luego del abandono de Angel Clare. Tess, entonces, decide irse con sus hermanos y su madre al lugar y sitio emblemático de la familia D'Urberville: Kingsbere. El traslado de las pocas pertenencias en un ruinoso carro tirado por dos débiles caballos es otra muestra del desastre completo de la familia. Su miseria y desprotección contrastan con el brillante origen familiar y con el sitio original de la familia: "Kingsbere, the spot of all spots in the world which could be considerer the D'Urberville's home, since they had resided there for full five hundred years". (422) En tanto, los ricos e impostores Stokes que usan el apellido D'Urberville se han afincados en Trantridge pretendiendo emular las costumbres aristocráticas.

Sin embargo, tampoco allí Tess y su familia podrán ubicarse pues un jinete del pueblo se les acerca para informarles que las habitaciones que deseaban usar ya habían sido alquiladas, al no llegar a tiempo la carta con el pedido. En vano la viuda de John

Durbeyfield reclama: “Though widow of the late John D’Urberville (...) if I cared for my rights and returning to the domain of his forefathers”. (422) Para el hombre interpelado, estas palabras no significan nada, lo cual lleva a la madre de Tess a decirle: “Here’s a welcome to your ancestors’ hands!” (422) No obstante, deberán quedarse allí, pues el carrero no quiere continuar el viaje y deja a la intemperie las pertenencias de la familia en el lugar donde se yerguen los restos de la antigua mansión de D’Urberville. En medio de esas ruinas centenarias, permanece intacto el ánimo de Tess: “Hard by, the aisle of the church called the d’Urberville Aisle looked on imperturbably” (423) De este modo, el narrador presenta los vestigios y las ruinas de los dominios familiares que todavía se erigen orgullosamente, desafiando la destrucción del tiempo, acaso como símbolo de la decidida personalidad de la protagonista, sus convicciones y valentía en medio de las durísimas situaciones que debe afrontar. Tess, como las ruinas familiares, se mantiene íntegra ante el infortunio.

No obstante, Joan se encarga de mostrar el contraste de la situación con un irónico comentario: “Isn’t your family vault your own freehold?”, luego de reconocer la ruinosa capilla y el cementerio, y continúa: “Why of course, tis, and that’s where we will camp, girls, till the place of yours ancestors finds us a roof?” (423)

Las ruinas descritas acompañan la desolación y desamparo de la familia de John Durbeyfield. Ejemplo de ello es el hecho que Tess y los suyos, finalizado su peregrinaje, llegan a las cercanías de Kingsbere para cobijarse junto a unas tumbas varias veces centenarias. Desde allí contemplan el antiguo lugar originario de los D’Urberville en el que ellos residieran por centurias. Al lado del cementerio se levanta la vieja capilla familiar del siglo XV cuya ventana gótica, “the D’Urberville Window”, luce el emblema heráldico, el mismo que tenía la moneda y la cuchara de John Durbeyfield. También se erigen las estatuas de los caballeros a la entrada de los sepulcros los cuales no le resultan extraños pues eran los mismos que estaban grabados en la copa de su padre: “the tall knights of whom her father had chanted in his cups lay inside”. (425)

La errática huida de Angel y Tess hacia el final de la novela, luego del crimen, tiene como escenario, en un alto de su deambular, las ruinas del templo de Stonehenge al que Clare llama “a very Temple of the Winds”, lugar sagrado desde tiempos remotos y donde Tess desea quedarse para siempre. No obstante, tiene el presentimiento de que irían por ella en ese atardecer en el que el sol hace brillar la piedra de los sacrificios.

Para Anne Michaels, (2011: IX) la elección de este lugar para el final de la novela, por parte del autor, ilustra el conflicto entre la naturaleza y las tiránicas convenciones de la moral. Además, sostiene que “...it is also chosen because he wants us to understand that nothing less than the grandeur of Stonehenge befits Tess’s moral status and the heroism of her struggle”.

La caída de Tess en manos de los agentes de la justicia está engrandecida por el marco de esos monumentos prehistóricos que simbolizan el triunfo de la heroína ante una sociedad que la juzgaba con la doble moral victoriana que se resquebrajaba ante el avance de la modernidad a fines del siglo XIX. La justicia cobra el crimen de Alec con la condena a muerte de Tess pero para ella hay otra justicia no compatible con la de la sociedad y que es la que Hardy señala: la liberación de la vida llena de luchas e infelicidad de una joven que vivió prisionera de las circunstancias. En este sentido,

Holly Litwin sostiene cómo el narrador evita el tono moralizador frecuente en el relato decimonónico, o, al menos, en el victoriano:

The richness of the text lies in the fact that Hardy was able to critique a broad range of cultural and ideological convention within *Tess* without the novel losing its passionate recounting of Tess's life or slipping into an overtly didactic tone. (2016: 6).

Asimismo, el subtítulo de la novela, “A pure woman faithfully presented”, es una forma de participación en el estilo y valores de la nueva mujer de fines de 1800, una mujer que supera los límites de lo que debe o no debe hacerse, como podemos ver también en *Casa de muñecas* de Henrik Ibsen. En estos dos casos, la novela de Hardy que nos ocupa y la pieza teatral del dramaturgo noruego, la sociedad de entonces es caracterizada por una doble moral, según el sexo, que es cuestionada a través de las actitudes de las heroínas respectivas. Estos cambios se producen en la transición entre los valores y costumbres de los siglos XIX y XX, en una sociedad desgarrada ante la desaparición de un modo de vida.

Además, con este título, Hardy muestra también su simpatía por la heroína y la opción por unos valores en franca oposición a los de quienes la consideran y la tratan como a una mujer caída. Angel destaca que Tess está “ache of modernism” y esto parece relacionarse con la opinión de Hardy respecto de su disgusto por las repercusiones de la revolución industrial, la extinción de la vida rural, como también por la todavía vigente moral victoriana. También subyace a lo largo del relato una crítica al capitalismo pues Tess, descendiente pobre de una aristocrática familia, forma parte de la novel formación del proletariado rural en cuyo panorama se incorporaba la maquinaria, como es el caso de la granja Talbothay Dairy donde la introducción de dicho adelanto técnico significaba menos mano de obra humana y mayor aceleración del trabajo. Lo que también Hardy indica en esta novela es la desaparición de un modo de vida rural ante el avance de la industrialización que significó también la pérdida para siempre de un modo de vida.

Finalmente, puede decirse que Hardy vislumbra con mirada crítica el período victoriano que culminaría con la catástrofe de la primera guerra mundial la cual barrió el mundo de la *belle époque* e instauró la modernidad del siglo XX. De esta manera, podemos agregar que la novela de Hardy es también una denuncia de los nuevos ricos como Mr. Stoke, padre de Alec, quien, con sus posesiones, buscaba una nueva identidad para su familia, al alterar el apellido Stoke, adoptando el de D'Urberville, trasladándose desde el norte, donde se había enriquecido, hacia el sur, lugar de arraigo de esta aristocrática y extinguida familia. Así es como este burgués enriquecido con el comercio compra el estatus social para él y su descendencia, en este caso, Alec, “the present representative of the spurious house” (42), usurpando el apellido a los verdaderos y legítimos descendientes D'Urberville, tal como lo afirmara el párroco Tringham: “...John Durbeyfield was the only really lineal representative of the old d'Urberville family existing in the country...” (41) El capitalista Stoke del norte del país adopta el ilustre apellido pretendiendo el brillo de un inexistente abolengo. Entretanto, los verdaderos descendientes de los D'Urberville, diseminados en las campiñas de la Inglaterra meridional, trabajan como artesanos independientes o granjeros que alquilan las posesiones de los falsos D'Urberville. Las ruinas y los objetos que conservaba John Durbeyfield atestiguan la legítima pertenencia a esa vieja familia y reafirman así que el dinero puede obtener todo menos legitimidad. Los únicos nobles de sangre y de espíritu

son los que menos cuentan en ese mundo de capitalismo avanzado en la Inglaterra del siglo XIX.

Bibliografía

ADER DELACROIX, Monique, *Le thème des ruines dans la sensibilité et la réflexion philosophique de 1750 à 1850*. <http://lettres.sorbonne-universite.fr/le-theme-des-ruines-dans-la> (2006)

ESWEIN, Camille, “L’imaginaire des ruines”, *Fabula*, 2 juin 2005, Université de Québec à Montréal, https://www.fabula.org/actualites/imaginaire-des-ruines_11527.php

HARDY, Thomas. *Tess of the D’Urbervilles*. Vintage books, London, 2011 (Los números de las páginas de las citas corresponden a esta edición).

LÉVY, Maurice, “Les ruines dans l’art et l’écriture: esthétique et idéologie. XVII et XVIII, *Revue de la société d’études anglo-américaines del XVIIe et XVIIIe siècles/année1981/13/pp141-158*, http://www.persee.fr/doc/XVII-0291-3798_1981_núm.13-1-992

LITWIN, Holly R., *Cultural criticism within Thomas Hardy’s Tess of the d’Urbervilles*,

MICHAELS, Anne, Introduction to *Tess of the d’Urbervilles*, Vintage books, London, 2011